

Cinco relatos sobre el coyote¹

En México, al igual que en otros países latinoamericanos, la migración de individuos y familias del ámbito rural al urbano es un fenómeno común y complejo. La ciudad de México, como centro económico y político, ha recibido y recibe innumerables oleadas migratorias de distintas regiones del país, las cuales la han enriquecido con sus culturas de origen:

Acceptémoslo. Nos toca no sólo captar, sino también vivir, ese fluir cultural perpetuo, como río que recibe afluentes de la tradición indígena, de la cultura campesina mestiza, de la nueva cultura mexicana urbana, corriente que viene a desembocar y arremolinarse en la gran vitrina de la ciudad de México (Arizpe, 1985: 120).

Las cinco leyendas sobre el coyote que presentamos aquí son un ejemplo de la cultura y, en particular, de la narrativa oral que se puede encontrar en esta metrópoli; surgieron de una entrevista realizada en noviembre de 2002 a Aurelia Rojo, quien vive en la ciudad de México desde hace 47 años, y cuyo lugar de origen es un pequeño pueblo llamado Mamití, perteneciente al municipio de Huichiapan, en el oeste del estado de Hidalgo.²

Igual que muchos campesinos mexicanos, Aure, como cariñosamente la llamamos, emigró a la ciudad ante la imposibilidad de subsistir en

¹ Estos relatos se presentaron en el Seminario de Narrativa Oral Tradicional, impartido en el posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM por Araceli Campos Moreno.

² Mamití está habitado por una comunidad mestiza, en la cual se cultivan maíz, frijol, nopal y habas y se crían animales domésticos para el consumo interno.

su pueblo natal. Recuerda que llegó un seis de enero, cuando tenía entre doce y catorce años; desde entonces y hasta la fecha, trabaja en el servicio doméstico. A pesar de que la mayor parte de su vida ha transcurrido en un medio urbano, sus relatos pertenecen al ámbito rural y como tales siguen vivos en su memoria.

El primer relato que contó está basado en su propia experiencia, cuando se encontró con un coyote. Esta historia provocó los siguientes relatos, que Aure fue encadenando como si fueran las cuentas de un rosario. A lo largo de la entrevista, fue evidente su interés por transmitir las creencias supersticiosas, tanto personales como familiares, que conoce acerca del coyote. En el tercer relato menciona el mito que explica por qué el coyote es un animal maligno.

Las leyendas de Aure giran sobre un eje común: la maldad del coyote y su relación con el demonio. En el ambiente rural, el ganado y las aves de corral representan un sustento indispensable para las familias campesinas; la pérdida de un animal significa un severo daño. En este contexto, no es de extrañar que el coyote, hábil cazador, que entra a los corrales desprotegidos y ataca a los animales que se pierden en el monte, se convierta literalmente en un símbolo del mal, que se mitifique esta maldad y se imponga la creencia de que es imposible enfrentarse al coyote, puesto que se concibe como una fuerza superior.

La identificación del coyote con el demonio es antigua. En el siglo XVI, Sahagún la registró en el libro XI de la *Historia general de las cosas de Nueva España*:

Hay en esta tierra un animal que se dice *cóyotl*, al cual algunos de los españoles le llaman *zorro*, otros le llaman *lobo*, y según sus propiedades a mi ver ni es lobo ni zorro sino animal propio de esta tierra. Es muy veloso, de larga lana; tiene la cola gruesa y muy lanuda; tiene las orejas pequeñas y agudas, el hocico largo y no muy grueso, y prieto; tiene las piernas nervosas, tiene las uñas corvadas y negras; y siente mucho; es muy recatado para cazar: agazápase y pónese en acecho, mira a todas partes para tomar su caza, y cuando quiere arremeter a la caza primero *echa su vaho contra ella*, para inficionarla y desanimarla con él. *Es diabólico este animal*: si alguno le quita la caza, nótale y aguárdale y procura vengarse de él, matándole sus gallinas u otros animales de su casa; y si no tiene cosa de estas en que se vengue,

aguarda al tal cuando va camino, y pónese delante ladrando, como que se le quiere comer, por amedrentarle; y también algunas veces se acompaña con otros tres o cuatro sus compañeros, para espantarle, y esto hacen o de noche o día (Sahagún, 1979: 623).

Las creencias que Sahagún recogió sobre el coyote han permanecido en la imaginación popular, como puede observarse en las historias contadas por Aure, en las cuales se acentúa aun más la malignidad de los coyotes, pues, dice, expiden un olor a quemado (debido a su familiaridad con seres infernales), paralizan a sus víctimas, moviendo en círculos la cola, imitan el llanto de los niños, causando temor a quienes los escuchan, y violan mujeres.

La manera en que Aure contó los relatos fue muy vívida e intensa: subrayó determinados acontecimientos con su voz y sus gestos, intercaló reflexiones, enfatizó moralejas, se valió de repetición para acentuar un hecho y, finalmente, cerró la entrevista en forma circular, es decir, volviendo al relato inicial. Sus narraciones, que aquí transcribimos literalmente, son interesantes no sólo en contenido, sino también por su riqueza expresiva. Es una lástima que no podamos reproducir los textos con los elementos que los acompañaron: gestos, tonos de voz, silencios, etcétera.

NIEVES RODRÍGUEZ VALLE

[1. El coyote me espantó]

Que bajé, era, iba yo a ver a mis papás, ¿no?, y bajé allí. En el, en ese entonces no había transporte para llegar a mi casa, ¿no?, porque teníamos que bajar como de aquí a, este, a División del Norte.³ Tenía yo que bajar aquí, tener que caminar todo eso; pero era como monte, y ese día llegó tarde el tren. Y entonces es, eso, este, me, me bajé. ¡Hijole!, y estaba pero bien oscuro, pero espeso estaba, y entonces dije yo:

³ Nombre de una avenida muy conocida de la ciudad de México; la informante la toma como punto de referencia para señalar una distancia aproximada de dos kilómetros.

—¡Ay, Dios mío!, ¿y hora?

Y me dijo el señor del, el chofer, dice:

—¡Ay, seño!, se va a ir solita.

—Sí, le digo.

—¿No vienen a esperarla?

—No, le dije, horita ya casi es la una de la mañana, ¿quién quiere que me venga a esperar?

Ya cuando yo bajé del camión olía como a zorrillo, así.

—¡Ay!, dije yo, huele a zorrillo. ¡Ay!, nada más falta que me tope yo con un zorrillo, de esos así, y echan su aire, todos horribles. Y yo, pero yo, ¡ay!, ni modo de sentarme allí a chillar y en la oscuridad; pues hacerme la valorosa y irme pa mi casa, ¿no? Yo entonces al bajar del camión atravesé la carretera. Y allí, para pasar ya para camino para ir pa mi casa, habían unas dos puertas de madera, y entonces en eso abríamos las puertas y rechinaba retharto. Y más olía yo a esa cosa que fue como a zorrillo, no, como a xochiaque, como a tortilla quemada, así. Dije yo:

—Este ya no es zorrillo, este va a ser el coyote, y dije yo: pus hora, ¡ni modo!,⁴ pus yo me voy.

Y había entonces así el caminito, y aquí había dos caminitos: uno para acá y el que iba yo, que era para acá. Entonces, cuando veo adelante, en la oscuridad, veo una cosota grandotota, así como, así, sentada, blanca. Dice mi mamá que el coyote de noche se ve muy grande.

—No, dije yo, este es el coyote.

Pero yo ya, ya solté⁵ el caminito, este, para acá y yo agarré este para acá, y aquí había un llanito y allá donde estaba sentado el coyote, y en eso que yo, pus dije:

—¡Este es el coyote!

Y olía yo más feo, más feo. Decía:

—No es zorrillo, porque el zorrillo nomás es el puro olor del zorrillo, y esto, no, huele a xochiaque o a como tortilla quemada, que ya se te quemó. Dije yo:

—No, este es el coyote. Dije yo: ¡ay, Dios mío!

Y decía mi mamá:

⁴ *ni modo*: '¡qué hacer!' Mexicanismo muy usual.

⁵ *solté*: 'dejé'.

—Te paraliza el coyote.

—¡Ay, mamá!

—Sí, dice, te paraliza; vas caminando, te quedas así: ni hablas, ni puedes mover tus brazos, ni puedes caminar, allí te quedas paralizada.

Y eso es lo que me imaginé. Dije:

—¡Ay, Virgen Santísima!, y aquí pues ya me paralizó el coyote, ¿no? Y dije yo: ¡ay, ay!

Y no, pero yo camine y camine, camine y camine. Y ya cuando llegué así derecho, así como decir adonde está el bote,⁶ oí que hizo como ruido; hizo así: “¡Chic, chic, chic!” [Aure abre y cierra sus mandíbulas].

Se oyó los dientes cómo sonaron. Pus al llegar allí derecho adonde estaba [el coyote], ¿tú crees que me ha entrado una cosa de acá abajo de mis pies? Pero una cosa horrible, tú, una cosa así, mira: que te iba, te iba, te iba, te iba, te iba todo tu cuerpo [mientras habla, va palmeándose el cuerpo desde los pies hasta la cabeza], y mis cabellos quedaron así [estira sus cabellos hacia arriba], y dije, pero dije yo:

—No me paralizó.

No me paralizó, nomás, nomás sentí eso. Y mis cabellos, haz cuenta que yo estaba colgada de los cabellos aquí [vuelve a estirar su cabello hacia arriba]. Y corrí, corrí, camine y camine, y dije yo:

—¡Ay, Dios mío!, no me paralizó.

Pero aquello que yo sentía, como si yo, que si yo ‘taba colgada de los cabellos, porque yo los sentía de punta. Y ahí voy: ya llegué a una cerca que estaba allí, y ya para allá vivía un tío; pus me brinqué al...; puse mis cosas que llevaba arriba de la maleta y me brinqué para el otro lado. ¿Tú crees que ya cuando estaba ya al otro lado sentí claritito cómo se me hicieron mis cabellos otra vez así para bajo? Pero lo sientes así, como si se hicieran así, así: me entró por mis pies y quedó acá y de aquí se bajó; sentí clarito cómo se hicieron mis cabellos así, así, así, y salió por los pies [se palpa de arriba a abajo].

¡Ay! Yo llegué a la casa, pero ya asustada y le digo:

—Mamá, le digo.

⁶ Señala un bote que está en la habitación. La distancia aludida es de dos metros, aproximadamente.

Llegué y toqué, y sale mi mamá y me dice:

—¡Ay, hija!, pero mira no más: es más de la una de la mañana.

—¡Ay, mamá!, el tren venía bien retrasado y se venía parando. ¡Ay, le digo, mamá!, ¿qué cree?

—¿Qué, hija?, dice.

Le digo yo:

—Que encontré al coyote, le digo, sentí tan feo.

—¡Ay, hija!, hace como media hora que se llevó una gallina de allí de la casa.

—¡Ah!

Y yo creo se la comió. Y al otro día fue a buscar mi papá, ¿no?, tras esa cerca donde yo brinqué, no más que era adelante, allá. Dice mi papá que allí estaba las patas, la cabeza, las alas de la gallina; se la comió y se jue. Pero tal vez, como era una lomita, vio la luz del camión, no se pasó la carretera, allí se quedó sentadote, y por eso fue adonde me espantó. Pero dice mi mamá:

—¡Ay, hija!, dice, milagro que no te, no te paralizó.

—No, mamá, le digo, nomás sentí esto y esto.

—Es na' más el vaho te echó, porque, porque ¿no oyites un ruido?

—Oyí como que sus dientes sonaban.

Dice:

—Por eso sentites eso de aquí para acá, porque si, dice, que el rabo... (ya ves que tiene la cola grande), dice que si te ven y hacen así el rabo, así: ¡shhhhhhh! [al mismo tiempo Aure mueve su brazo en círculo], así hacen el rabo, así, allí te quedates parado. Y dice mi mamá:

—Pues gracias a Dios, hija, no te paralizó; nomás, nomás te echó el vaho y sentites eso.

—¡Ay, mamá!, le digo, haz cuenta que tenía yo, me habían colgado de los cabellos.

—Sí, dice, porque te echó el vaho desde abajo, y se te fue [el vaho], y los cabellos los sentites así.

Y le digo yo:

—Hasta que brinqué acá, en la cerca.

Le digo:

—Ya estaba yo del otro lado, le digo, cuando salté desde allá otra vez; se bajó eso y me salió por los pies.

—Sí, dice, porque el animal ya empezó a caminar.

—¡Ay, no! Yo llegué, le digo a mi mamá: ya ni salgo.

2. [Los coyotes son del demonio]

Es horrible. Y dicen que comen a la gente. Un niño sí se lo comieron, ¡n'hombre!, el niño tendría como unos diez años, el niño. Su papá lo mandó que fuera a cuidar vacas, pero era en el monte. Él cuidaba d'este lado; y ¡ni quiera Dios que se brincaran los animales para el monte!, porque estaba tan espeso que ya no los volvías a ver. Y el niño estaba allí sentado, y [le decía su papá] que no se fuera a juntar los becerritos, porque ordeñaban las vacas; que no se fueran a juntar los becerritos con su mamá, porque se mamaban la leche. Y el niño, no sé qué le pasó, cuando buscó las vacas ya no parecían, se habían metido al monte. Y que dice que jue a su casa y que le dijo su papá:

—¿Que ya cerrates las vacas?, que le dijo su papá.

Y el niño a su papá:

—¡Ay, papá!, fijese que las vacas me ganaron y se metieron al monte.

Ya el señor no oyó razones. Dice que le dio una zurra para matarlo el niño.

—¡Y hora te me vas y me traes las vacas! A mí [no] me importa que se hayan metido al monte, tú me traes las vacas y no me vayas a dejar de no entregar mi leche mañana.

Pues la zurra que le dio el papá, y se fue. ¿Adónde iba a encontrar las vacas en el monte, y oscuro ya? Pus dice le dio miedo regresar a su casa porque, porque, este, decía:

—Me va a pegar mi papá otra vez, porque no llevo las vacas.

Pues ya se fue, pues. ¿Adónde iba a buscarlas, ya oscuro? Y dice que ya le agarró la noche muy oscuro y todo. Estaba una palma y dice que en medio de esa palma había un hoyito así: un espacio porque había muchas huapillas⁷ así alrededor. Y allí se fue y se sentó y le agarró el sueño.

⁷ *huapilla*: un tipo de maguey.

Y ya entonces, en eso, en ese entonces, caminaba la gente con recua de burros para llevar la mercancía a vender a otro lado, porque no había camiones, no había nada. Dice que por allí, lejos todavía, como de aquí al Uchan,⁸ oyeron, este, allí se quedaron los señores; amarraron sus burros, bajaron sus maletas y todo, y hicieron una fogata y ahí se quedaron. Dice que era como las doce de la noche, cuando oyeron un ruidazo de coyotes: chillaban, ladraban, se peleaban y todo. Entonces dice que que oyía uno de ellos, dice:

—¿Oyes?, creo que grita un niño.

—Ay, 'tas loco, dice.

—Sí, grita un niño.

—¡Ayyy, y ayyy!

Y que decía, y:

—¡Ayyy, ayyy!

Y que decía uno de los señores:

—Sí, es un niño.

—No, dice, es que los coyotes son muy remedones,⁹ chillan como niño.

No se quedaron los señores. Y aquel señor 'taba con aquella tentación. El otro día dice que amaneció, y se fue a ver a, allá, donde oyía el ruido de los coyotes que hacían pleitos con... Ya estaban comiéndose al niño. Y se fue, y que dice que por aquí, por aquí, por aquí, ya dice que iba caminando, cuando ya había pedazos de ropa, de trapos del niño. Y adelante él encontró su sombrero; y más caminó el señor, caminó el señor, adelante le encontró la cabeza, pero los coyotes no se comen la cabeza, porque está bendecida. Son del demonio, no se comen la cabeza, porque tenemos la cruz allí cuando nos bautizan, ¿no? Los coyotes no son, más bien, son, son del demonio los coyotes.

Ya entonces dice que sí; entonces que dice que se regresó y que fue a ver a los compañeros y que les dijo:

—¿Ya ves?, ¿no te dije que sí era un niño el que estaba gritando?

Le dice:

—Sí, dice, vamos a ver.

⁸ *Uchán*, por Auchan, nombre de un supermercado.

⁹ *remedones*: de *remedar* 'imitar'.

Y allí estaba su cabecita, sus manitas, sus piecitos por un lado y por otro. Y ya fueron a dar parte a un pueblito cercano que estaba allí y que allí había: los coyotes se habían comido un niño, y quién sabe qué hicieron, qué encontraron. El papá y la mamá le había pegado al niño, y no apareció, se lo comió los coyotes.

[3. Una apuesta entre el diablo y Dios]

Dice mi mamá que son muy feos los coyotes.

—Son como una gente, dice, así. Pero nomás que ellos, dice, no son de Dios, porque Dios no los bendició. Esos coyotes él no los bendició; los perritos, sí, todo eso. Dios los bendició, eso nos contaba mi mamá, que Dios los bendició los perritos, pero al coyote, no. El coyote era su...; es como tú, tienes un perrito y te vas con él, te acompaña y todo, así era el demonio con los coyotes. El demonio era su mascota el coyote y con los perritos no se llevaba el demonio, nomás era con el coyote. Cuando Dios... ¿No ves que hicieron la apuesta Dios con...? Porque ya ves la envidia, ¿no? El demonio tenía envidia con Dios nuestro Señor, porque Dios es de los borreguitos y el demonio era de los chivos.¹⁰ Entonces tenían envidia los demonios con Dios, porque decía que ¿cómo Jesús tenía sus corderitos muy buenos, y que no corrían? Y que por eso los chivos los sueltas y, ¡olvídate!, tú no los catas. Y entonces dice que, que decía:

—¿Cómo haremos para que le quitemos, le ganamos su ganado a Jesús? Y que dice que dice: ¿cómo le haremos? ¿Cómo le haremos?

Y que ya entre todos [los diablos] dicen:

—Oyes, dice, vamos a hacer una apuesta con Jesús.

—¿Qué le vas a hacer?

—Vamos a decirle que, que vamos a apostar nuestro ganado a tal parte, que era muy lejos.

¹⁰ En la tradición cristiana, a Jesús se le representa como pastor, y a su pueblo, como un rebaño de ovejas. La oveja, o cordero, simboliza la mansedumbre; el chivo o cabrito se asocia a la lujuria y representa al diablo. En el Evangelio de san Mateo se dice que en el Juicio Final Jesús separará a los hombres como el pastor a sus ovejas de los cabritos (san Mateo, 25, 31-46).

Y como sabían que sus borreguitos de Dios no corren mucho y los chivos sí corren mucho:

—Eso sí, pues vámonos.

Y entonces que dijo:

—Vamos a hacer la apuesta, dice, que, quesque,¹¹ que a tales horas vamos a estar en tal parte el que gane: si ganamos nosotros, nos tiene que dar sus, sus, su ganado Jesús. Y si nosotros perdemos, le tenemos que dar su..., nuestros chivos a él, porque ganó.

—Pues sí, le dijo.

Que se fueron. Y ya, fueron a ver a Jesús.

—Oye, Jesús, vamos a apostar nuestro ganado.

—No, dice, decía Jesús, ¿cómo?

—Sí, dice, vamos a apostar, vamos a apostar, le dice. Vamos a tal parte mañana; a las seis de la mañana tenemos que estar en tal parte, dice, y el que llegue primero. Si tú llegas primero, perdimos nuestro ganado nosotros, y si nosotros llegamos primero, pierdes tu ganado tú.

Y los demonios llevaban los coyotes de sus mascotas y Dios llevaba sus perritos.

Entonces dice que llegaron al..., que entonces llegaron los demonios a su casa. 'Ton' dice, ¿no?, dice, 'taban bien seguritos de que le iban a ganar el ganado a Dios. Entonces que dijo:

—Oyes, dice, dice, pero no, a tales horas tenemos que salir mañana de aquí y a tales horas vamos a estar allá.

—Sí, dice.

Dice que entonces los demonios llevaban la ventaja. Por eso dicen que no es buena la ventaja y la envidia, pues es del demonio, no es de Dios. 'Tonces dice que le dijeron; ya llegaron los demonios a..., y que le dice:

—¿Qué te dijo Jesús? ¿Apuesta su ganado?

Que le dijo:

—Pues que sí. Que tales horas vamos a salir de aquí y tales horas vamos a llegar allá.

Y que dijeron los demonios, dice:

¹¹ *quesque*: como *dizque*, 'supuestamente'.

—Oyes, dice, Jesús va a salir a tales horas mañana de aquí, y ¿qué dices?, dice, nosotros no vamos a dormir, vamos a caminar de noche con nuestro ganado. Y vas a ver que le ganamos a Jesús su ganado.

Ahi van los demonios toda la noche camine y camina con el ganado. Y Dios salió, tal como había quedado, y llegó Dios al lugar adonde habían apostado, y los demonios todavía no llegaban y habían caminado toda la noche.

Por eso Dios ganó los chivos. Y entonces Dios, pues como sabía que eran del demonio, pues no, no le convenía tenerlos así nada más; sólo que los bendició. Ya los chivos los bendició él; nomás que el coyote sí no lo bendició; dice:

—Tú te vas al monte.

Y por eso los chivos, están los chivos, pero los bendició Dios.

[4. Los coyotes burladores de muchachas]

Y dice mi mamá que una vez, cuando era jovencita mi mamá, por allá por su pueblo de ella, se fue una muchacha también al monte, perdió sus vacas y se fue al monte a buscarlas. Y dice que, que pues allá la mataron los coyotes y dice que la burlaron, como si fuera una mujer: la violaron la muchacha, los coyotes violaron a la muchacha, violaron a la muchacha, y ya la encontraron la muchacha muerta y violada, y los coyotes la violaron. Y luego le digo:

—¡Ay, mamá!

—Sí; los coyotes, sí [son] así como una gente, nomás que son del demonio.

La violaron, la mataron y la violaron a la muchacha.

[5. El cazador paralizado]

Sí, son muy malos los coyotes, feos. Mi papá, cuando era joven, así, que recién que se había casado con mi mamá, criaron muchos puercos, ¡pero muchos!, y guajolotes, gallinas y todo, ¿no? Entonces mi abuelito les dio un pedazo, según que...; mi abuelita, mi abuelito, ¿no?, que le dijo:

—Vete allá a hacer tu casita allá.

‘Tons’ mi papá, pus no tenía así todavía para hacer todo, nomás para unos cuartitos, así, de palmita y todo. Y hizo un corral para los puercos, su gallinero para sus guajolotes,¹² las gallinas y todo. No, pues si todas las noches venía el coyote y se llevaba; que si no se llevaba un guajolote, se llevaba un puerco; si no se llevaba el puerco, se llevaba... Luego tuvo puerquitos una puerca; dice mi mamá: noche con noche se venía y se llevaba un puerquito. Bueno, porque..., y una vez dicen que dijo. Y ya otra vez que ‘taba un árbol; entons’ mi papá se acostó así abajo del árbol, que llevó su escopeta y todo. Y le dijo:

—Ahora sí, el coyote va a venir, y el guajolote está arriba del árbol. Yo no más oigo cuando se espanta el guajolote, dice, luego le tiro al coyote.

Y que dijo mi mamá:

—No te vaya a agarrar el sueño.

—No, dice, no me agarra el sueño.

No, dice que al rato, dice que empieza el guajolote a espantarse:

—¡Hip, hip, hip!

Que dijo mi papá:

—Este es el coyote, este es el coyote.

Mi papá en una que dice que iba a agarrar el...; pero pues ¡cuándo se movió mi papá! ¡No se movió! Dice que le echó el vaho el coyote. Se voló el guajolote; hasta donde estaba el coyote fue a dar el guajolote, se lo llevó, y mi papá quedó paralizado. Y dice que él abría la boca para ver si decía “¡ah, ah!” Se quedó paralizado mi papá y ni movió las manos, ni los pies, ni nada, nada. Dice que se quedó... Dice:

—Es horrible, dice, porque tú quieres gritar, quieres mover las manos, y las manos las tienes así: [Aure pone los brazos rígidos]. Yo, con mi escopeta aquí, dice, así, porque dije:

—Tiene que entrar, el guajolote está allá arriba, tiene que entrar; cuando lo veo que venga, yo le disparo.

Pues así quedó con la escopeta.

—Y ‘taba yo despierto, no estaba yo dormido.

¹² *guajolote*: ‘pavo’.

—Igual que la puerca, así dice mi mamá. Dice mi mamá, dice: pues vete acostarte allí para que me mates al coyote.

—Sí, dice, horita vas a ver.

La puerca, los puerquitos, allí vino, se llevó dos puerquitos. Se fue, y mi papá ni...

Es feo el coyote, ese es la que yo le tenía miedo; si no me tocó, pero no me tocó más de lo que yo pensaba.

—¡Ay, no!, yo de mi parte, le digo a mi mamá, es muy feo, feo, feo. Le decía yo a mi mamá: ¡ay, no!

—No, hija, dice, antes no¹³ te paralizó. [Si] te paraliza, sólo Dios [sabe] qué hace contigo.

Bibliografía citada

ARIZPE, Lourdes, 1985. *Campesinado y migración*. México: SEP.

Nuevo Testamento, 1975. Ed. Juan Mateos y Alonso Schökel. Madrid: Cristiandad.

SAHAGÚN, fray Bernardino de, 1979. *Historia general de las cosas de Nueva España*. México: Porrúa.

¹³ *antes no*: 'afortunadamente no'.